

Poesía e infinito: Es imposible decir algo de la luz

Por **Silvina Mercadal**

Sobre *Alétheia*, de Oscar del Barco
(Borde Perdido, Córdoba, 2020)



“Es imposible decir algo de la luz”. Así comienza *Alétheia* de Oscar del Barco, el poemario –quizás sería mejor hablar de libro (sensu Blanchot) – es un oleaje de infinita refulgencia que recomienza en cada página y en tal recomienzo es imposible decir algo de la materia absoluta y evanescente que incorpora la lengua. ¿Cómo hablar de aquello que es huella de un persistente trabajo de desubjetivación para acceder al éxtasis y hacer una experiencia del infinito?

En los ensayos “Juan L. Ortiz, poesía y ética” y “Notas sobre la mística de Nietzsche” del Barco entrega algunas claves: poesía y filosofía constituyen el vórtice y vértice que en conjunción destruyen toda polaridad para dar lugar a la experiencia del pensamiento como revelación y su traducción en ciertas verdades extrañas. En su estudio sobre la tradición hermética en Deleuze, Joshua Ramey escribe: “La marca de lo real en el pensamiento aparece cuando lo impensable logra ser pensado; lo insensible, sentido; y lo inmemorial recordado”. Es decir, la aventura del pensamiento que interesa es aquella que se coloca en un límite y lo atraviesa, a riesgo de perderse en el delirio,

constituir el pueblo menor o la raza bastarda que “canta en el suplicio” (Rimbaud).

¿Por dónde comenzar cuando se procura atravesar el límite y comunicar una visión del infinito? Por lo más sutil e indomesticado que se revela en el movimiento sin pausa de los ciclos, por la revelación de algo que se deja ver y oír sólo cuando se suspende el doloroso rumor de lo humano, por el paciente ejercicio de insertarse en lo más próximo y hallar ahí el misterio.

Alétheia parece seguir la línea de un poema de Juan L. Ortiz que afirma “el mundo es un pensamiento realizado de la luz”. Del Barco retoma esa línea fulgurante y la modula hacia el éxtasis donde lo viviente se rebasa en lo que fluye inasible como la luz. En un sentido preciso, esta escritura se torna atemporal: no es de este tiempo porque está fuera del tiempo, porque escribir es colocarse fuera del tiempo. Y, sin embargo, habla a este tiempo con una voz que recoge en la lengua los tesoros que se extinguen en un mundo que marcha hacia la “programación total” y el “control total”, cuya alternativa está en el poeta y el místico –estados sin sujeto– que habitan lo desconocido.

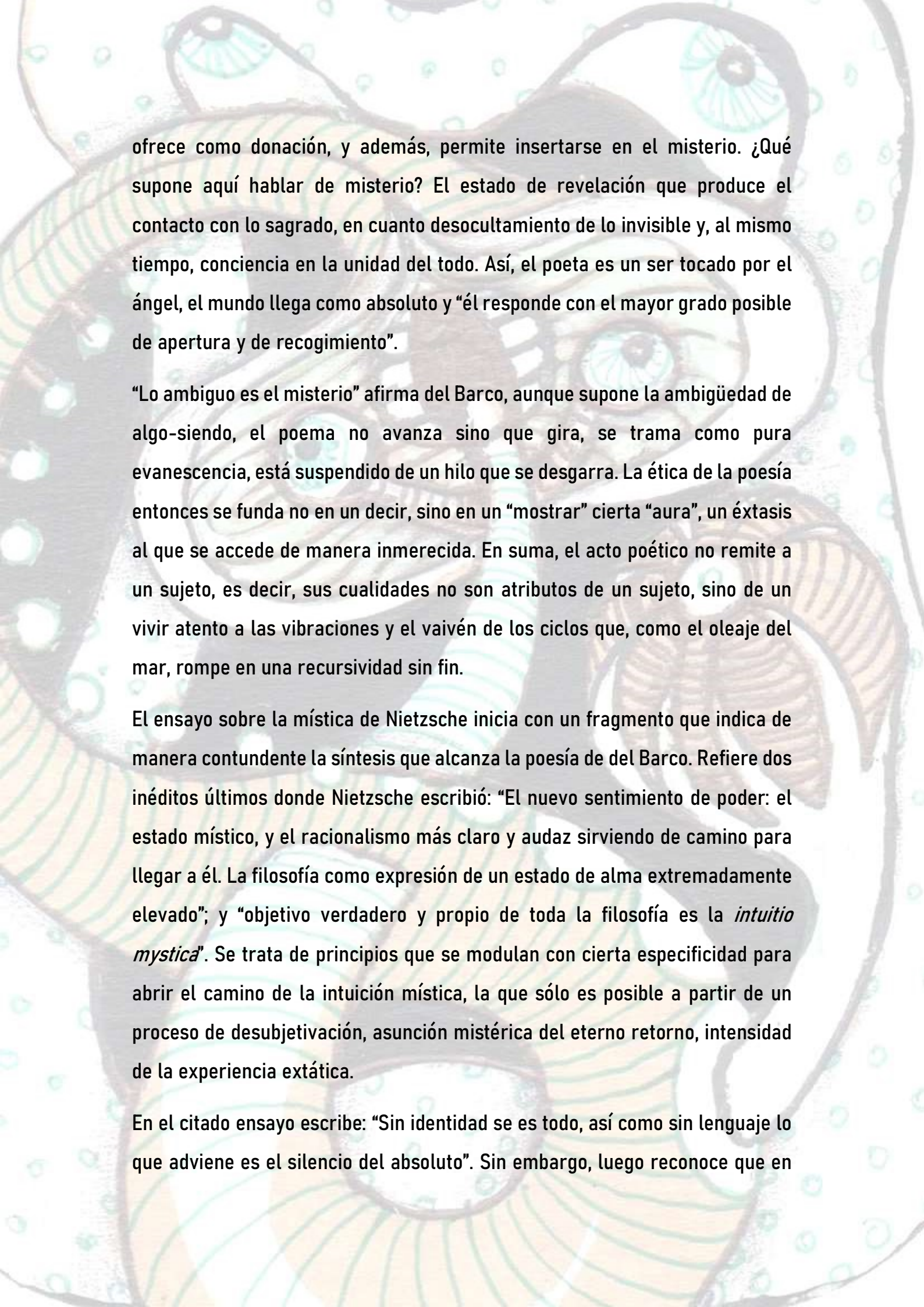
En el ensayo sobre Juan L. la lectura del poema “Tarde” procura captar el advenimiento que es el poema. El poema gira impidiendo cualquier tentativa de interpretación lineal, pues es un brotar, una emanación, así como “la luz acontece” en su propio poema –aunque impropio porque a nadie pertenecen las hebras del texto interminable–. Para del Barco tal brotar remite “a la donación que es inmanente al éxtasis”. Si el poema comienza con la afirmación decisiva: el mundo es un pensamiento, luego irá apagándose dulcemente para terminar con preguntas en torno a la infancia. La infancia –escribe del Barco–

es el estado natural del éxtasis, “la unidad vivida como otorgamiento gratuito”, pues el niño “aún no escindido, es una unidad viviente”.

Para del Barco en el poema las palabras indican el paso que revoca la escisión del hombre arrojándolo en el espacio de la unidad. Es allí donde late el impulso de redención, esto es, no tanto una profecía o una utopía, sino morar en la intensidad propia del presente. “Los hombres *ya* están en el espacio de su salvación. *Ya* es lo que expresa el poeta”, escribe. Se trata de un aquí y ahora donde se realiza la apertura “a la inefable divinidad del todo”. Pero, además, el desplazamiento de los órdenes fetichizados –la representación de una posible trascendencia– es lo que hace lugar a la experiencia de lo sagrado que comunica y revierte la individualidad en un absoluto viviente.

“Estamos en una *zona* –agrega del Barco– donde confluyen lo místico y lo poético, en los modos de una manifestación que traslada el lenguaje a su inicio para deshacer el nudo del dolor y de la culpa, volviendo posible el ser de la *presencia* como ser de los hombres en su más profundo secreto”. De esta manera, el poema se despliega como un murmullo –un “balbuceo trascendente en la intimidad del habla” –, retorna al origen portando en el fulgor vacío de la lengua la posibilidad de redención.

Si Juan L. Ortiz dijo haber realizado cierta experiencia trascendente en contacto con una realidad profunda que lo proyectó hacia la totalidad de lo viviente, una experiencia que llamó “conocimiento”, y abarcaba a todas las criaturas, éstas manan en la superficie de la página de Alétheia: la tortuga, el grillo, el colibrí, pero también el agua, el sauce, la sombra, las tormentas, los incendios, a la etcétera –como diría un brujo–. Se trata de un conocimiento en tanto adquisición de lo trascendente en un doble movimiento: en tanto se



ofrece como donación, y además, permite insertarse en el misterio. ¿Qué supone aquí hablar de misterio? El estado de revelación que produce el contacto con lo sagrado, en cuanto desocultamiento de lo invisible y, al mismo tiempo, conciencia en la unidad del todo. Así, el poeta es un ser tocado por el ángel, el mundo llega como absoluto y “él responde con el mayor grado posible de apertura y de recogimiento”.

“Lo ambiguo es el misterio” afirma del Barco, aunque supone la ambigüedad de algo-siendo, el poema no avanza sino que gira, se trama como pura evanescencia, está suspendido de un hilo que se desgarrar. La ética de la poesía entonces se funda no en un decir, sino en un “mostrar” cierta “aura”, un éxtasis al que se accede de manera inmerecida. En suma, el acto poético no remite a un sujeto, es decir, sus cualidades no son atributos de un sujeto, sino de un vivir atento a las vibraciones y el vaivén de los ciclos que, como el oleaje del mar, rompe en una recursividad sin fin.

El ensayo sobre la mística de Nietzsche inicia con un fragmento que indica de manera contundente la síntesis que alcanza la poesía de del Barco. Refiere dos inéditos últimos donde Nietzsche escribió: “El nuevo sentimiento de poder: el estado místico, y el racionalismo más claro y audaz sirviendo de camino para llegar a él. La filosofía como expresión de un estado de alma extremadamente elevado”; y “objetivo verdadero y propio de toda la filosofía es la *intuitio mystica*”. Se trata de principios que se modulan con cierta especificidad para abrir el camino de la intuición mística, la que sólo es posible a partir de un proceso de desubjetivación, asunción misteriosa del eterno retorno, intensidad de la experiencia extática.

En el citado ensayo escribe: “Sin identidad se es todo, así como sin lenguaje lo que adviene es el silencio del absoluto”. Sin embargo, luego reconoce que en

lo íntimo de nuestro ser somos lenguaje, entonces interroga y a la vez sugiere:
“¿Cómo no usar el lenguaje para tratar de decir aquello que no es lenguaje?”.

Alétheia abre así una página incesante que exhibe la luz mostrando los seres y las cosas del mundo, irradiando revelaciones extrañas, haciendo lugar al absoluto de la materia que es la vida –aunque destructible– eterna e imperecedera.

es imposible decir algo de la luz

la luz siempre se desliza más allá de los ojos siempre es alejamiento

donde termina la luz hay otra luz donde comienza la luz hay otra luz

nunca se la ve porque ella es la que ve

hay neblinas que el viento arrastra entre los árboles

hacia el oeste hay un incendio hacia el sur hay líneas oscuras pasan pájaros

hacia el este la neblina está disipándose

hay una gran expectativa

en el aire se ven siluetas borrosas en la casa se oyen voces se siente el olor

de los leños quemados durante la noche alguien canta

todo es luz

cómo decir algo de la luz

fluyente inasible la luz no es algo que le ocurre a alguien

Y he aquí una verdad extraña: la muerte se espera como otra forma –en la reabsorción de las sombras– que reenvía al instante primero:

espero la muerte como un viento de frondas atravesando las ramas secas

*digo la muerte para nombrar otra forma de mundo en el mundo otros ojos en
estos ojos sin ojos un silencio sin palabras para decir silencio*

*miro un punto luminoso moviéndose en el cielo la hierba parece un bosque hay
nubes espacio luz*

entraré en la muerte con los ojos abiertos

el fuego apagándose la mente mirándose entrar en las sombras

el primero y el último instante son lo mismo

alguien puede pensar que todo termina puede no ver la continuidad

Los versos en minúscula y sin puntuación respiran continuidades: entre lo terrenal y lo cósmico, entre lo visible y lo invisible, entre lo decible e indecible, entre el apetito y la sombra, y así las hebras luminosas de un sonido encantado retienen el canto de la lengua que se hace una con la tierra. Alétheia en griego refiere a la verdad como acontecimiento, en tanto lo oculto se hace e-vidente, a-parece y dona la procesión de figuras del *hay mundo*.

Silvina Mercadal



Ilustración: Eduardo Zabala
Plebella Nube
plebellanube.wordpress.com
iimxxi